

cias, seguir caminos tortuosos, transigir incesantemente. De aquí los excesos de los casuistas.

La Iglesia ha canonizado á los ascetas de la Tebaida, y los más santos personajes á porfía han publicado sus alabanzas. ¿Qué piensan los jesuitas de la tan decantada perfeccion de los padres del desierto? Dicen que «la Iglesia ha tolerado más bien que aprobado á aquellos que, impulsados por el amor de Dios y por el desprecio del mundo, iban á sepultarse en la soledad, como San Pablo y San Antonio» (1). No se tolera más que el mal y el desorden; de suerte que el ascetismo, y con él el espiritualismo cristiano, entran en el número de los errores y de los excesos! Los jesuitas estaban en esto conformes con el espíritu de la sociedad á que se dirigian. Celot, tan vivamente criticado por los enemigos de la Compañía por haber rebajado á aquellos á quienes la Iglesia prodigaba su admiracion, no se equivocó más que en una cosa, que fué dar una forma un poco ruda al pensamiento muy exacto de Loyola, que tambien era un santo. Los hombres del siglo XVII necesitaban una moral más fácil que la de los ascetas: los jesuitas inventaron la *devocion agradable*. Para quitar á los fieles todo escrúpulo, no se contentaron con rechazar la piedad austera, sino que la ridiculizaron. Escuchemos al reverendo padre *Le Moine*; véase el retrato que hace del devoto de antaño: «No tiene ojos para las bellezas del arte y de la naturaleza..... Los dias de fiesta los pasa entre los muertos. Se encuentra mejor en un tronco de árbol que en un palacio. En punto á afrentas é injurias, es tan insensible como una estatua. El honor y la gloria son ídolos que no conoce. Una persona hermosa es para él un espectro.» A esta caricatura opone el jesuita el cuadro de la *devocion civilizada*, de la *santidad de buen gusto*: «No se ha hecho de la virtud un retrato que se le parezca. No es extraño que haya tan poca prisa por llegar á su cúspide. Se la ha presentado como una fastidiosa á quien no gusta más que la soledad; se le han dado por compañeros el dolor y el trabajo, y por último, se la ha hecho enemiga de las diversiones y juegos, que son la flor de la alegría y el perfume

(1) La moral de los jesuitas sacada fielmente de sus libros por un doctor de la Sorbona (NIC. FERRAULT), t. I, p. 302.

de la vida.» Que la *devocion civilizada y de buen gusto* sea compatible con las alegrías de esta tierra, no tenemos inconveniente en admitirlo; pero los jesuitas van más lejos y enseñan que es compatible con todas las pasiones humanas. La ambicion es la reina del mundo; por esto los *devotos de antaño* no cesaban de maldecir á esa hija del orgullo; los jesuitas no se atreven á hacer de ella una virtud, obligados como están, por ser cristianos, á reprobirla; pero no es ya más que un pecado venial, y los pecados veniales no impiden la piedad, ni siquiera la santidad. La codicia es quizá, más que la ambicion, el verdadero pecado original del hombre: el *devoto civilizado* la admite con seguridad de conciencia; áun cuando sea rico, puede negar lo supérfluo al pobre necesitado; no comete más que un pecado venial. La envidia es la compañera inseparable de la gloria y de las riquezas: ¿puede admitirla un *santo de buen gusto*? Sí, pero con una distincion: la envidia de los bienes espirituales del prójimo es pecado mortal; la envidia de los bienes temporales no es más que venial. Véase la razon de tan sutil distincion; el lector decidirá si es ó no una parodia del espiritualismo cristiano: «El bien que se halla en las cosas temporales es tan mezquino y tan poco interesante para el cielo, que no merece consideracion alguna ante Dios y sus santos.» Es inútil continuar este cuadro de la *devocion civilizada*; hecho está y de mano maestra; contentémonos con tomar de *Pascal* la consecuencia de un reverendo padre: «La devocion asustaba á las gentes mundanas; la Compañía la ha hecho más fácil que el vicio, más atractiva que el placer» (1).

Los deberes de la religion son todavía más fáciles de cumplir que los de la moral; se reducen á algunas prácticas puramente mecánicas. Hemos dicho en otra parte que los jesuitas eran muy partidarios del culto de la Virgen; pudiera decirse, sin exageracion, que en su Sociedad esta supersticion reemplaza á toda observancia religiosa. Léase uno de esos libritos de devocion á que tan aficionada es la Compañía: *El Paraiso abierto á Filagia por medio de cien devociones á la madre de Dios, fáciles de practicar*; allí se verá que no hay cosa más fácil que ganar el cielo. Basta,

(1) PASCAL, *Cartas Provinciales*, IX.

por ejemplo, «saludar á la santísima Virgen, cuando se encuentra su imágen; rezar el rosario de los diez gozos de la Virgen; pronunciar con frecuencia el nombre de María; encomendar á los ángeles que la hagan reverencias de nuestra parte; darle los buenos dias y las buenas noches; rezar todos los dias el *Ave-Maria* en honor del corazon de María.» Hé aquí un camino bastante cómodo para llegar al paraíso; todavía lo han allanado los jesuitas. Los católicos se burlan de la piedad mecánica de los budistas; olvidan que en su propia Iglesia la religion tiene la misma tendencia. Escuchemos á los jesuitas. Por sencillas que sean las ceremonias exteriores, exigen el concurso del hombre; los jesuitas, lo mismo que sus hermanos en Buda, imaginaron reemplazar la accion del espíritu por la de las máquinas, como «tener sobre sí dia y noche un rosario en forma de pulsera ó llevar consigo un rosario ó una medalla de la Virgen.» Con esto se tiene seguridad de alcanzar el favor de María; la prueba es que una mujer que practicaba todos los dias la devocion de saludar á la Virgen, vivió toda su vida en pecado mortal y murió en él, sin que por esto dejara de salvarse, merced á dicha devocion (1).

Hemos encontrado en el protestantismo una secta ó una doctrina, cuyo objeto era ensanchar el camino de la salvacion, á fin de abrir el cielo á todos los fieles. Los ortodoxos oponen á los latitudinarios y á los universalistas que Jesucristo no conoce más que un camino para llegar al cielo; dice que es muy estrecho, que hay pocas personas que lo encuentren, y ménos aún que entren y perseveren en él: este camino es la verdad, que no puede ser más que una. No es ésta la opinion de los jesuitas; dicen que hay varios caminos para llegar al cielo; se han dedicado á hacerlos lo más cómodos y fáciles que sea posible, viendo que los más anchos son los mejores, á fin de que todo el mundo, hasta los infieles y herejes, puedan entrar en ellos (2). Hé aquí á los jesuitas más latitudinarios que los latitudinarios protestantes! ¿No tenemos razon al decir que inauguraron un nuevo cristianismo? Com-

(1) PASCAL, *Cartas provinciales*, IX.

(2) *La Moral de los jesuitas*, por un doctor de la Sorbona, t. I, p. 372-374, 380-383, 390-392.

paremos la religion de los jesuitas con la de su maestro, y veremos que no tienen de comun más que el nombre.

Jesucristo nos dice cuál es el mayor mandamiento de la ley: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon y con toda tu alma*. Esto quiere decir que es preciso amar á Dios sobre todas las criaturas. Los jesuitas declaran sin rodeos que esto es imposible; pero, como Dios no ha podido prescribir al hombre una ley que no pudiera cumplir, la interpretan á su modo, y la interpretan tan bien que no dejan nada de ella: «El amor de Dios, dicen los reverendos padres, consiste en obedecer sus mandatos; con tal que le obedezcamos, estamos dispensados de amarle; basta con no aborrecerlo.» Esta explicacion destruye la ley que el Hijo de Dios declara fundamental. Jesucristo no dice que el mandamiento de amar á Dios depende de los otros y se encierra en los otros; dice, por el contrario, que los demás mandamientos se encierran en el del amor y dependen de él. De manera que los jesuitas empiezan por echar abajo el amor de Dios, que es la base y el coronamiento de la religion cristiana (1).

¿Cual es el segundo mandamiento que Jesucristo declara semejante al primero? *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*. El Hijo de Dios tiene amenazas terribles para los que olvidan la caridad. *Retiraos de mí, malditos, al fuego eterno preparado por el diablo y por sus ángeles, porque he tenido hambre y no me habeis dado de comer, he tenido sed y no me habeis dado de beber*. Los que se hayan asustado con estas palabras, tranquilícense; los jesuitas les dirán, «que probablemente habrá pocos cristianos que se condenen por haber dejado de practicar las obras de misericordia.» Se debe avanzar más, y decir que ninguno se condenará por este motivo, porque los reverendos padres enseñan que no hay obligacion absoluta de socorrer al prójimo, aún en extrema necesidad, y si en este caso no lo es, ¿cómo ha de serlo en otro cualquiera? (2).

Ya está tranquila la conciencia de los felices de este mundo;

(1) *La Moral de los jesuitas*, t. II, p. 287, 252-255, 267, 283.—*Paralelo de la doctrina de los jesuitas y de la de los paganos*, p. 42 y sig.

(2) *La Moral de los jesuitas*, t. II, p. 170, 171.

ya no tienen que temer las terribles amenazas que Jesucristo dirige á los ricos. Dispensados de la beneficencia, con mayor razon lo están de la caridad moral. Dejemos la palabra al padre *Lamy* (1): «No estamos obligados á amar al prójimo de diferente manera ó más que á nosotros mismos. Ahora bien, no estamos obligados á amarnos á nosotros mismos con un acto interno de caridad, y por consiguiente, tampoco tenemos esta obligacion respecto del prójimo.» «Ademas, dice, si hubiera obligacion de amar al prójimo de esta manera, habria muchos condenados, por no haber practicado nunca este acto interno de caridad respecto de todos los hombres, lo cual es impertinente y muy poco probable.» Los jesuitas tienen caridad á su manera; pretenden ensanchar las puertas del cielo, y en verdad las dejan tan anchas, que tendrá que haber muchos llamados y muchos escogidos. Jesucristo nos impone el deber de amar á nuestros enemigos, pero tambien con el Evangelio caben transacciones: «Se puede, dice un reverendo padre, desear la muerte de un enemigo capaz de hacer mucho daño, con tal que esto no sea por odio, sino para evitar el mal que pueda hacer. Tambien se puede sentir alegría por su muerte en razon del bien que proporciona.» Hay más: una madre puede desear la muerte de su hija, cuando tiene algun motivo, por ejemplo, cuando no es hermosa, ó cuando no es rica! Tambien los hijos pueden desear la muerte de sus padres, no porque causa un mal á los autores de sus días, sino porque les ocasiona un bien á ellos, poniéndolos en posesion de su fortuna (2).

Esto es irritante y no se comprende que discípulos de Cristo hayan podido escribir palabras que sublevar el corazon. Para reconciliarnos con los reverendos padres, citemos una de sus máximas morales, que está tambien en contradiccion manifiesta con los preceptos del Evangelio, pero relativa á un punto en que la conciencia moderna se ha separado hace siglos del ideal evangélico. Jesucristo dice: *Habéis oído que se ha dicho; ojo por ojo diente por diente. Y yo os digo: No hagáis resistencia al perverso, antes bien,*

(1) LAMY, *Obras teológicas*, t. IV, p. 377.

(2) *La Moral de los jesuitas*, por un doctor de la Sorbona, t. I, p. 7-9, t. II, página 337-339.—*Paralelo de la doctrina de los paganos y la de los jesuitas*, p. 95 y sig.

si alguien os hiere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda. La humildad cristiana no ha sido nunca del gusto de las razas germánicas; tomada con todo rigor, destruye el sentimiento de la individualidad en lo que tiene de más preciado, el honor. Los jesuitas han adoptado la opinion de las gentes de mundo; dicen como éstos que el honor es el mayor bien; reclaman, hasta para los eclesiásticos y los religiosos, el derecho de defender su reputacion, al ménos en lo que se refiere á la virtud y á la sabiduria, porque este honor es el que constituye la esencia de su profesion (1).

Se ha condenado la moral de los casuistas como una de las más funestas aberraciones del espíritu humano. *Mabillon*, el sabio benedictino, dice que la filosofia pagana debia avergonzarse á los jesuitas: «Ciceron enseña una doctrina más pura, más perfecta que los que se llaman discípulos de Cristo» (2). No vamos á tomar la defensa de las reservas mentales, ni de las opiniones probables; sin embargo, hay algo de verdad, hasta en la relajada moral de los reverendos padres. Tenian razon en decir que la perfeccion evangélica es impracticable: si hubieran podido hablar con franqueza, hubieran dicho que era falsa. Indudablemente, preferimos los excesos del espiritualismo cristiano á los extravíos de la devocion fácil de los casuistas; pero, bajo el punto de vista de los verdaderos principios, unos y otros deben ser condenados. Añádase que, á pesar de sus errores, los jesuitas estaban en lo cierto. Sí; el amor de Dios, tal como lo entiende la ortodoxia, es una imposibilidad, y los jesuitas tenían razon al decir que se ama á Dios amando á los hombres: éste es el principio de la moral filosófica. Sí; la caridad evangélica, el olvido de las injurias que prescribe Jesus, como el camino de la perfeccion, es tambien una imposibilidad; porque tomada en serio y puesta en práctica esa pretendida ley de perfeccion, daria por resultado la disolucion de la sociedad, la destruccion de la individualidad humana; es decir, que viola las leyes que Dios mismo ha impuesto á la creacion.

(1) *La Moral de los jesuitas*, t. II, p. 403; 379.—*Paralelo*, p. 109 y sig.

(2) MABILLON, *Tractatus de studiis monasticis, Pars I*, c. 7 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 8).

Si la moral de los jesuitas es en cierto sentido superior á la moral evangélica, ¿por qué ha excitado una indignacion universal? Porque se separa del cristianismo é implica una concepcion de la vida contraria á la del Evangelio. Los jesuitas mismos se vieron obligados á confesar que su moral no es la del cristianismo primitivo, la que enseñan los padres de la Iglesia: ¿no era esto comprometer á la vez la autoridad de la Iglesia y la de la religion? Los jesuitas creyeron salir del paso con una distincion: «El dogma, segun ellos, es invariable, pero la moral cambia con los sentimientos y las ideas: para una sociedad nueva hace falta una moral nueva» (1). He aquí los discípulos de Loyola, los restauradores de lo pasado, los conservadores por excelencia, partidarios de la novedad, y que para justificarla enarbolan atrevidamente la bandera del progreso: «La verdad, dice un reverendo padre, está á disposicion de todo el mundo; nadie la ha ocupado todavía; los que nos han precedido son nuestros guías, pero nosotros no somos sus esclavos, y todavía queda mucho para los que vengan despues de nosotros» (2). «Los que han querido, dice otro jesuita, juzgar de la vida de los religiosos de estos tiempos por la de los antiguos, han perjudicado á nuestro siglo; de manera que lo que los antiguos se han creído obligados á hacer ó evitar, debe tambien ser proscrito ó prohibido para nosotros, sin más razon que porque así lo han dispuesto los antiguos. *Es como si se quisiese hacer volver á la infancia á un hombre que ha llegado á la edad madura, porque en sus primeros años tenía algo de agradable y gracioso que recreaba la vista de su madre*» (3). Esto está muy bien desde el punto de vista de la filosofía del progreso; pero ¿qué dirán los ortodoxos, para los cuales la idea del progreso en la moral religiosa, lo mismo que en el dogma, es una herejía? «La novedad, dice un doctor de la Sorbona, ha sido siempre odiosa á la Iglesia; si alguna vez ha ocurrido echarla en cara á los santos, se han defendido siempre como de una calumnia, hasta el punto de creer que no era menor crimen introducir ó admitir nuevas doctrinas, que

(1) *La Moral de los jesuitas*, t. I, p. 297, 298.

(2) *La Moral de los jesuitas*, t. I, p. 289.

(3) *La Moral de los jesuitas*, t. I, p. 301.

fabricar ó adorar ídolos» (1). Este horror á la novedad y al progreso es de la esencia del catolicismo. Bossuet ha combatido á la reforma con la máxima de que todo lo que es nuevo en la Iglesia es herético. Hoy el sólo nombre de progreso es á los ojos de los ortodoxos la señal de una doctrina anticristiana. En vano se defienden los jesuitas, distinguiendo entre la moral y el dogma. La moral, ó la concepcion de la vida, es una consecuencia del dogma: si la moral cambia, es una prueba segura de que el dogma tambien ha cambiado. Esta relacion íntima entre el dogma y la moral se manifiesta con evidencia en la lucha de los jansenistas contra los jesuitas: en ella encontraremos la prueba de que, si la Compañía de Jesus ha predicado una moral nueva, consiste en que ha inaugurado un cristianismo nuevo.

N.º 2. — *El Jansenismo.*

I. — *Reaccion de la doctrina de San Agustin.*

La doctrina de los jesuitas se oponia claramente á las opiniones profesadas por el más ilustre de los Padres de la Iglesia, Agustin, celebrado como el doctor de la gracia y el doctor del Occidente. Los reformadores, por el contrario, para reanimar el sentimiento religioso habian vuelto á la teología severa de la gracia y de la predestinacion. La reforma reobró sobre la Iglesia católica. Bajo su influencia se despertó la fe, los trabajos del renacimiento fueron reemplazados por el estudio de la antigüedad cristiana. Este regreso hácia lo pasado, este despertar del fervor religioso, debia disponer los espíritus serios á abrazar las creencias de San Agustin. Hubo, pues, en el seno de la Iglesia un doble movimiento. Los jesuitas, órganos por excelencia de la reaccion católica, aceptaron en todo opiniones opuestas á las de los protestantes, á quienes tenían mision de combatir. Hombres de lucha, necesitaban un arma para atacar, y un instrumento para influir sobre la sociedad nueva, para contenerla ó volverla á llevar al seno de la Iglesia:

(1) *La Moral de los jesuitas*, por un doctor de la Sorbona, t. I, p. 284.

encontraron una y otro en la doctrina de la libertad opuesta á la de la gracia. Pero cuanto más exaltaban las fuerzas de la naturaleza humana, más se alejaban del cristianismo ortodoxo, y más en oposicion se ponian con el movimiento que tenía lugar en favor de los dogmas de San Agustin. Tal fué el principio de una lucha que trajo dividida á la Iglesia católica por espacio de siglos.

La reaccion de la doctrina de Agustin se manifestó en una universidad que habia sido siempre el centro de la ortodoxia (1): Lovaina fué la cuna del jansenismo. Ya á mediados del siglo XVI Bayo enseñaba allí los principios puros de San Agustin. Este regreso á unas creencias que habian sido las de toda la Iglesia, pareció casi una herejía á los contemporáneos de Bayo; su enseñanza fué denunciada en Roma y condenada por Pio V. ¡Cosa notable! Entre las proposiciones que la Santa Sede condenó como heréticas, erróneas y escandalosas, las habia copiadas literalmente de San Agustin. El Doctor de Lovaina, tan distinguido por su piedad como por su ciencia (2), se retractó de sus errores; sin embargo, en su apología sostuvo que era imposible que todas las proposiciones condenadas fuesen erróneas (3). Á pesar de su infalibilidad, Pio V no echó de ver que al condenar á Bayo condenaba á San Agustin, y con él á toda la Iglesia, que habia admitido su doctrina como expresion de la ortodoxia; ó San Agustin y todos los católicos de su tiempo, incluso los papas, se habian equivocado, ó se equivocaba Pio V. La autoridad de Agustin y de la Iglesia antigua pudo más que el respeto debido al Pontificado. Segun lo habia predicho el cardenal Comendon, el fuego se fué propagando en secreto, y acabó por producir un inmenso incendio (4).

Jansenio adquirió en Lovaina una aficion decidida al doctor de

(1) «*In universitate fidei catholicae propugnatrice*», dice el cardenal Comendon. (RAYNALDI *Annales*, 1561, núm. 44.)

(2) El jesuita TOLET, cardenal, dice de Bajus: «*M. Bajo nihil doctius, nihil humilior.*» (BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Bajus*, nota H.)

(3) «*Mala me habet, quod multi sibi persuadeant, omnes istos articulos qui in Bulla damnantur, esse falsos vel hereticos, cum aliqui falsi esse non possunt.*» (GIESELER, t. III, 2, § 59, nota 18.)

(4) «*Vehementer extimesco, ne quandoque parvus hic ignis incendium vehementer excuset.*» (RAYNALDI *Annales*, 1561, núm. 44.)

la gracia: el estudio de sus obras llegó á ser la ocupacion, la pasion de su vida. ¡Cual fué su asombro al ver que los teólogos de su tiempo, y principalmente los jesuitas, no conservaban ya nada de aquel ilustre Padre de la Iglesia! ¡Qué digo? ¡La tendencia de sus opiniones acerca del pecado original y la gracia era á renovar la herejía de Pelagio! (1). Su admiracion se cambió en espanto cuando consideró que los dogmas de San Agustin eran el fundamento más sólido de la revelacion. Los que se quejan del rigor del Padre latino, no advierten que se vió obligado á ello en su lucha con los pelagianos para salvar el cristianismo; en separándose, por poco que sea, de tan saludable rigor, se llega fatalmente, dice Jansenio, «á destruir la verdadera gracia, á matar la verdadera piedad, á negar el pecado original, á rechazar á Jesucristo mismo; y despues sobre los restos del cristianismo se levanta el trono diabólico de la soberbia humana» (2). Entre los teólogos modernos á quienes Jansenio en sus cartas íntimas llama *vocíngleros*, los jesuitas eran los que más se separaban de la teología de San Agustin y más se acercaban á los errores de Pelagio. Jansenio les hizo una guerra á muerte en la famosa obra en que desarrolla los principios de su maestro predilecto.

Se conoce que al combatir tan encarnizadamente á Pelagio, no se dirige Jansenio á un muerto, sino á los enemigos vivos y omnipotentes del doctor de la gracia. Despues de haber refutado el pelagianismo y asentado la verdadera doctrina de Agustin, compara las opiniones de los jesuitas con las de los pelagianos, y las encuentra completamente conformes con la escuela de Marsella, que habia tratado de armonizar el pelagianismo con la ortodoxia:

(1) *Cartas de JANSENIO* al abad de Saint-Cyran, p. 31: «No sabré decir cómo he cambiado de la opinion y del juicio que ántes tenía de San Agustin y de los demas, y me admiro cada día más de la elevacion y profundidad de este espíritu y de que su doctrina sea tan poco conocida entre los sabios, no solamente de este siglo, sino tambien de varios siglos pasados. Porque para hablarlos con ingenuidad, yo creo firmemente que, despues de los herejes, no hay nadie en el mundo que haya corrompido más la teología que esos *vocíngleros* de la escuela que conocéis. SI TUVIESE QUE RECTIFICARSE SEGUN EL ESTILO ANTIGUO, QUE ES EL DE LA VERDAD, LA TEOLOGÍA DE ESTOS TIEMPOS NO TENDRIA EN GRAN PARTE APARIENCIA ALGUNA DE TEOLOGÍA.»

(2) JANSENIUS, *Augustinus, Proæmium*.—SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 109; t. I, p. 306.

«¿Qué es lo que subleva á nuestros doctores modernos contra la teología de San Agustín? El dogma de la predestinacion; pues bien: los semipelagianos decian, como dicen los jesuitas, que este dogma es cruel, que destruye la libertad humana, que conduce á la desesperacion y á la inercia. Los jesuitas, como los teólogos de Marsella, sostienen que la predestinacion da por resultado lógico la blasfemia de que Dios no ha querido salvar á todos los hombres, que Cristo no ha muerto por todos, que en definitiva, Dios es el autor del pecado, y que ha creado á los hombres para hacerles pecar. Los jesuitas y los semipelagianos atacan la gracia que, segun San Agustín, se da al uno y se niega al otro; pretenden que destruye la libertad en aquel á quien se da, lo mismo que en aquel á quien se niega. Unos y otros atacan á San Agustín porque desprecia y rebaja la naturaleza humana, atribuyéndolo todo á la gracia y nada al hombre, de donde se deduce, segun ellos, que todo es fatalismo.» Ésta es la crítica que los semipelagianos y los jesuitas hacen del doctor de la gracia. En cuanto á las opiniones que oponen á la doctrina de San Agustín, son tambien comunes á ambas escuelas: «Dicen que Dios quiere salvar á todos los hombres, y para alcanzar la salvacion de todos, inventan una gracia suficiente, que prodigan generosamente á todo el mundo, hasta á los paganos.» *Jansenio* acusa á los jesuitas de ir más allá todavía que los semipelagianos; éstos se contentaban con reclamar para el hombre el principio de la fe y de la perseverancia, al paso que los jesuitas reclaman para el hombre todas las virtudes, y dicen que su salvacion depende de él. Por último, las consecuencias morales del pelagianismo y del jesuitismo son idénticas; la relajacion, la devocion fácil; hasta las restricciones mentales de los jesuitas están tomadas de los pelagianos sus maestros (1).

Tal es la acusacion fulminante que lanzó *Jansenio* contra la Compañía de Jesus. Deduce que la doctrina de los jesuitas es totalmente contraria á la de Agustín: «Diríase que se han impuesto la tarea de destruir por completo la santa teología que el doctor de la gracia habia opuesto á los errores de Pelagio, en términos que el Padre de la Iglesia, si resucitara, no reconoceria en

(1) JANSENIUS, *Augustinus*, t. III, p. 1076 y sig.; t. I, p. 381.

sus escritos un vestigio de su doctrina celestial; la encontraria destruida en sus principios fundamentales y en sus menores detalles, en sus venas y en sus artérias» (1). «La oposicion es tal, exclama *Jansenio*, la teología moderna difiere tanto de la de Agustín, que es preciso, ó que San Agustín se haya equivocado en mil sentidos cuanto es posible equivocarse en tan grave materia, ó bien que los teólogos modernos se hayan separado positivamente de los umbrales de la teología, pero en tales términos, que parece que no comprenden la fe cristiana» (2). Hé aquí palabras graves que confirman plenamente lo que hemos dicho: los jesuitas enseñan un nuevo cristianismo que no tiene de comun más que el nombre con el cristianismo de San Agustín. En vano se defienden de esta acusacion; para aparecer relacionados con la antigua ortodoxia, tienen que valerse de astucias y de subterfugios, atribuyendo al Padre latino opiniones que éste combate. Esta desviacion de la doctrina ortodoxa se hace palpable cuando se compara la concepcion de la vida que se deduce de su dogma con la que se deduce de la creencia de San Agustín. Los jesuitas confiesan que su moral no es la de los Padres de la Iglesia. ¿Por qué esta diferencia? ¿No será porque su fe no es ya la misma? Agustín procede de la gracia y llega lógicamente á humillar al hombre ante Dios: de aquí el ascetismo de la Edad Media. Los jesuitas parten del libre arbitrio y acaban por ensalzar la naturaleza humana: de aquí su moral humana, y mundana en sus excesos. En cuanto á los jansenistas, vuelven á la doctrina rigurosa de la gracia y de la predestinacion, y como consecuencia necesaria practican el rudo ascetismo de los solitarios cristianos. ¿No es esto una prueba bien evidente de que la moral depende del dogma y de que si vemos modificarse en el seno de la Iglesia la concepcion de la vida, debemos deducir que las ideas religiosas han sufrido una trasformacion análoga?

Aun cuando no tuviéramos otro testimonio de la ortodoxia de los jansenistas que su sistema moral, diriamos resueltamente que

(1) JANSENIUS, *Augustinus*, t. III, p. 1075.

(2) JANSENIUS, *Augustinus*, *Proem.* (Traduccion de SAINTE-BEUVE, *Port-Royal*, t. II, p. 126.)

son los verdaderos discípulos de San Agustín, y remontando más alto, que son los verdaderos discípulos de San Pablo y de Jesucristo, porque han profesado y practicado el espiritualismo evangélico con todos sus excesos. Pero podemos también deducir la consecuencia de que los que rechazan el ascetismo cristiano rechazan la herencia de Cristo. Escuchemos á los jansenistas. No ha habido en el siglo XVII alma más profundamente cristiana que Du Verger de Hauranne, abad de Saint-Cyran. Oigámosle: «¿Qué es la tierra según la Sagrada Escritura, más que un desierto, una prisión, un hospital, una imagen del infierno? ¡Ay del que la cobre afición y no se esfuerza á tiempo por morir para todas las cosas de la vida presente!» «El mundo, para hablar según las Escrituras, es una reunión de enfermos, ó de miserables, ó de ciegos, ó de pestíferos, ó de muertos, ó de todas estas cosas juntas, cuya sola vista, respiración ó contacto mata á las almas más inocentes» (1). Si los hombres son esto, ¿qué diremos de lo que se llaman los bienes de la tierra? «No son más que estiércol, responde Saint-Cyran. Porque si el diablo es espíritu inmundo, se debe creer que todo cuanto toca lo mancha y hace sucio ó inmundo.» Ocorre preguntar por qué consiente Dios este imperio de Satanás. Hé aquí la terrible respuesta de Saint-Cyran: «Ese monstruo compuesto de vida y de muerte, que reside en el alma mundana, ó por mejor decir, no es más que esa misma alma mundana, es tan horrible á los ojos de Dios que no lo mira más que con ojos de cólera para destruirlo, y si suspende por algún tiempo su perdición, no es más que para perderlo con más rigor, si no se enmienda. Por esto, como se dice en las Escrituras, como el mundo no es más que una sociedad innumerable de esas almas monstruosas, no conoce á Dios, y dicen también las mismas Escrituras que Dios no conoce este mundo» (2).

¿Qué debe hacer el cristiano en presencia del mal, que está como encarnado en el mundo? «Lo odio, dice Saint-Cyran, como al infierno, puesto que los demonios habitan en él y no han de ser

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. I, p. 474; t. II, p. 235; t. IV, p. 444.

(2) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, p. 230.

arrojados de él hasta el día del juicio final. Jesucristo mismo ha demostrado con su ejemplo que el mundo, en cierto modo, no ha sido hecho más que para separarse de él, para odiarlo y para destruirlo, al ménos en sí, en los sentidos, en la razón y en su corazón. Porque aunque Dios haya hecho el mundo ántes del pecado, ha tenido en cuenta sin embargo al hacerlo, las consecuencias del pecado que habia de cometerse. Lo cual me basta para decir con verdad que no lo ha hecho más que á fin de que sirva al hombre de motivo de virtud huyendo de él, odiándolo y destruyéndolo en cuanto le sea posible» (1).

Esta concepción del mundo conduce lógicamente al monaquismo. El abad de Saint-Cyran habla de la vida monástica con el mismo entusiasmo que San Bernardo. A veces compara el mundo con una casa invadida por la peste; «¿No se debe procurar abandonarla prontamente para pasar á otra en que se respira un aire purísimo? ¿Y no es el mundo más contagioso para las almas que una casa apestada para el cuerpo?» Otras veces compara el mundo con el fuego que amenaza nuestra vida; escribe á una novicia: «Al sacaros del mundo no creo hacer ménos que si os sacára de en medio del fuego, cuyo humo y chispas hubieran prendido ya en los cabellos de vuestra cabeza y en vuestras ropas....» «Es ciertamente una felicidad y un paraíso encontrar una casa para pasar en ella su vida como en un puerto, lejos de las tempestades y de los torbellinos de fuego que envuelven á los más poderosos y á los más sabios en el mundo....» (2). «Es muy cierto, según el Evangelio, que el monasterio es un santuario, y este santuario un cielo, y las personas que habitan en él ángeles, si tienen fe.... Los monasterios que están fuera del mundo son como un cielo que se levanta por encima del mundo» (3).

No se contenta con el monasterio; fiel á las tradiciones cristianas, no ve en la vida cenobítica más que un principio de perfección; aspira á la soledad absoluta. Busca sus razones en las profundidades de la teología católica: «Todo hombre, por bueno que sea,

(1) SAINT-CYRAN, *ib.*, t. III, p. 117; t. I, p. 493.

(2) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas y espirituales*, t. II, p. 224, 229, 230.

(3) SAINT-CYRAN, *ib.*, t. II, p. 284.